

LA HISTORIA EJEMPLAR DE JUDIT

Los pueblos en aflicción han sentido siempre la necesidad de figuras simbólicas en las que, magnificados, puedan reconocerse. Así, Israel, en sus pruebas, aferró su esperanza, no sólo a las grandiosas imágenes de un Ezequiel, sino a relatos ejemplares que, tal vez, pertenecían a un antiguo patrimonio, o, tal vez, procedían de tradiciones internacionales extendidas en todo el Creciente Fértil, pero que cobraron una significación muy particular para el pueblo elegido, cargadas de una alta significación espiritual.

Es el caso de la historia de Judit, aquella mujer que, ante la desesperación y cobardía de los hombres, encarnó, ella sola, la resistencia, y cuya fuerza de alma dispersó, con la gracia de Dios, el poder de sus enemigos. Nabucodonosor, en su cólera, había enviado un ejército a Palestina para castigar a sus vasallos que se habían rehusado a pagar el tributo. Ante la amenaza, el sumo sacerdote Yoyaquim infundía valor a los israelitas, exhortándolos a multiplicar ayunos y oraciones y a dejar que Dios actuase. Sin embargo, sitiada la ciudad de Betulia, parecía destinada a una destrucción cierta: el enemigo había cortado el acueducto. Se pensaba ya en la rendición, cuando una mujer se presentó ante los jefes de la ciudad y después de increparlos y hacerles ver las terribles consecuencias de una rendición así como la protección que Dios había dispensado siempre a su pueblo, les pidió la dejaran intentar a ella un medio de salvación. Judit era una viuda joven, rica, hermosa y de una gran santidad. Los jefes aceptaron, rogando a Dios viniese en ayuda de Judit. Ésta “se bañó”, se ungió con perfumes exquisitos, se compuso la cabellera ciñéndose una cinta, y se vistió con los vestidos que vestía cuando era feliz, en vida de su marido Manasés. Se calzó las sandalias, se puso los collares, brazaletes y anillos, sus pendientes y todas sus joyas y realzó su hermosura cuanto pudo, con ánimo de seducir los ojos de todos los hombres que la viesan, y fue en compañía de una sierva al campamento del general enemigo. Holofernes la recibió con una cortesía llena de segundas intenciones. Después de haberlo hecho esperar algunos días, la hermosa visitante aceptó comer y beber en un banquete que Holofernes daba a sus oficiales en su tienda. La alegría del festín, los ricos vinos, la tentadora presencia embriagaron a Holofernes; cuando éste quedó solo con Judit, se desplomó sobre el lecho resumiendo vino. La hija de Israel no titubeó, tomando la cimitarra que colgaba en una columna, se acercó al lecho, tomó por los cabellos a Holofernes y lo decapitó.

Al día siguiente, desde lo alto de las murallas de Betulia, se mostraba a los soldados la cabeza de su jefe, y, aterrorizado el ejército huyó, perseguido por todas las tribus de Israel.

“Alabad a mi Dios con tamboriles -cantaba Judit;
elevad cantos al Señor con címbalos,
ofrecedle los acordes de un salmo de alabanza”...

“Vinieron los asirios de los montes del Norte,
vinieron con tropa innumerable;
su muchedumbre obstruía los torrentes,
y sus caballos cubrían las colinas.
Ellos hablaban de incendiar mis tierras,
de arrancarme mis jóvenes a espada,
de estrellar contra el suelo a los lactantes,
de entregar como botín a mis niños
y de dar como presa a mis doncellas.
El Señor omnipotente
por mano de mujer los anuló”.

Más tarde, sin duda hacia el año 350, cuando este episodio glorioso fue escrito, no se guardó la exactitud de los detalles. Nabucodonosor, “rey de Asiria, encarnó siempre la fuerza bruta; pero el general a quien Judit dio muerte es llamado Holofernes, nombre de un soldado persa del que Diódoro de Sicilia nos habla y que vivió por lo menos cien años más tarde.